



ELIGE LIBRE ¡VIVE LA DEMOCRACIA!

Ana y la máquina del tiempo

León Cartagena

ELIGE LIBRE ¡VIVE LA DEMOCRACIA!

*Ana y la
máquina del tiempo*

León Cartagena

Ilustrado por:
Julio Morales Sánchez



DIRECTORIO:

PRESIDENTE

Lic. Jacinto Pérez Gerardo

CONSEJEROS CIUDADANOS

Prof. Andrés López Muñoz

Dr. Rigoberto Ocampo Alcántar

Lic. Karla Gabriela Peraza Zazueta

Lic. Arturo Fajardo Mejía

Lic. Rodrigo Borbón Contreras

Lic. Enrique Ibarra Calderón

SECRETARIO GENERAL

Prof. José Enrique Vega Ayala

ANA Y LA MÁQUINA DEL TIEMPO

de **León Cartagena**

Ilustración: **Julio Morales Sánchez**

Diseño editorial: **Bryan Vega Sánchez**

Primera edición 2014.

Paseo Niños Héroes #352 Ote. Locales 2, 3 y 5

Teléfono: 01800 50 50 450

Col. Centro C.P. 80000 Culiacán, Sinaloa. México.

www.ceesin.mx

Correo electrónico: informacion@ceesin.mx

ISBN: PENDIENTE

IMPRESO EN MÉXICO



*Ana y la
máquina del tiempo*

1

—Muy bien chicos y chicas, con esto terminamos el día de hoy —dijo la maestra Magui—. Pero antes de que se vayan, les recuerdo la tarea para el lunes. Deben escribir una o dos cuartillas, sobre la libertad —les pidió—. Hemos trabajado el tema toda la semana, no será ningún problema para ustedes. Les pido que traten de hablar con sus papás sobre la libertad, cómo era para ellos, en qué ha cambiado, etcétera.

—¡Bah! Libertad —refunfuñó Ana desde su butaca—. Libertad sería poder no venir a la escuela.

Sonó la campana que anunciaba el fin del día de clases. Todos comenzaron a recoger sus cosas y a hacer un ruido tremendo arrastrando sillas.

—¡jóvenes! ¡jóvenes, atención! —tuvo que levantar la voz la maestra Magui—, No olviden para su tarea, agregar sus propias opiniones sobre la libertad, cómo ustedes la perciben —les pidió a todos en el grupo—. Ya pueden retirarse, salgan con orden y que disfruten su fin de semana.

Ana se puso la mochila al hombro y caminó hasta la entrada de la escuela, ahí esperó a su mamá, sentada en una banca junto a algunos de sus compañeros. No pasó mucho tiempo para que la señora Sonia, se estacionase frente a la escuela e hiciera sonar el claxon. Ana se despidió de las amigas que la acompañaban y de don Manuelito, el encargado de cuidar la puerta de la secundaria



2

Apenas subió al carro, Sonia comenzó a preguntar a Ana sobre su día.

—¿Qué tal tu día, hija?

—Bien, mamá —respondió Ana con un tono de enfadado.

—Vaya, pues ¿qué pasó, hija? No puede ser tan malo —dijo la madre, intentando consolarla. —Recuerda que es viernes, relájate.

—¡Relajarme! La maestra nos dejó escribir al menos ¡toda una página sobre la libertad! —se quejó, —¿Cómo voy a hablar sobre la libertad, si me voy a pasar encerrada todo el fin de semana? —dijo Ana amargamente.

—¡Huy!, hija —interrumpió su mamá—, hoy eres más libre de lo que tu papá y yo jamás fuimos. Ya lo entenderás —le aclaró, regalándole una sonrisa mientras le daba unas palmadas en la rodilla.

—Ni te quejes. ¡Ah! Y recuerda que por la tarde tienes que ir a casa de doña Chayito, con lo que te da por ayudarla con sus gatos, bien puedes completar el dinero para los audífonos que tanto quieres.

—¡Arghh! —gruñó. —Por si mi vida no estuviese lo suficientemente fatal, tengo que aguantar el ejército de gatos ñoños de doña Chayito.

3

Llegaron a casa, Ana continuaba quejándose sobre lo miserable que le parecía su vida, su mamá se divertía escuchándola renegar. Sabía que ella, como casi todas las chicas de su edad, se lamentaban de todo lo que les pasaba, y de lo que no. Ana dejó su mochila en el suelo apenas entró a la casa, y corrió a encerrarse en su cuarto. Su mamá la dejó ir sin decir nada, sabía que eran cosas de la edad.

Pronto llegó el resto de la familia: Alberto, papá de Ana, Beto el hermano mayor y Lalo, el más pequeño de la casa. Después de un rato en la cocina, mamá llamó a todos al comedor. Estaban hambrientos, bueno, casi todos, Ana no acudió al llamado a la mesa. Sonia envió a Lalo a buscar a su hermana, quien ante la insistencia del pequeño, salió de su cuarto y se sentó a comer con los demás.

Hablaron sobre sus días en la escuela y los trabajos. Ana se quejó por siempre tener que asistir a clases, y de las muchas obligaciones que tenía. Injustas —pensaba— para una chica de su edad. Beto, su hermano mayor, le dijo:

—¡Ni te quejes hermanita! Espera que llegues a la universidad. Ahí sí, las tareas son interminables

—continuó—. Pero, la verdad, si estudias lo que te gusta, vale la pena.

—¡Vaya! —participó papá—. Beto, me da gusto que animes a tu hermana. Creí que nunca sucedería.

Beto comenzó a toser. Una tos que bien podía ocultar una risita.

—Yo —interrumpió Lalo— quiero ser astronauta, por eso me esfuerzo en la escuela y en aprender muchas cosas sobre el universo—, decía con la boca llena de comida.

Todos echaron a reír. Continuaron un rato haciendo sobremesa. Después, cada uno se retiró a sus quehaceres. Ana fue a su cuarto y se echó en la cama a hojear una revista de modas, mientras escuchaba música. Durante un rato trató de no pensar en la tarea que le habían pedido, pero no lograba sacarla de su cabeza. Terminó por buscar su mochila y sacar los apuntes de la semana, intentaba darse una idea de lo que tenía que hacer.

—Hablaré de lo que se siente no poder ser libre —se decía—. ¡Eso haré!

Y luego dejó todo sobre la cama y tomó de nuevo la revista. Veía a las jóvenes de las fotografías y pensaba que ellas eran libres de verdad, que no podía haber vida más feliz que la de una modelo de revista, con toda esa ropa y accesorios, siempre pasando de una fiesta a un concierto del grupo de guapísimos chicos ingleses. Se puso de pie a toda prisa y comenzó a sacar ropa de su armario, subió el volumen de la música y dio principio a su propio desfile de modas.

Se colocó un sombrero de playa, se colgó en el cuello todos los collares que tenía. Bailó y se paseó por su cuarto, soñando cómo sería vivir la libertad de una modelo y artista de cine.



—¡Ana! —llamó su mamá, interrumpiéndole su fantasía— ¡Ana, hija! Ya son casi las cinco, debes ir a casa de doña Chayito.

—¡Mugrosos gatos! —expresó—. ¡Ya voy mamá! Se retiró todos los accesorios que se había colocado y apagó su aparato de radio. Se despidió de su mamá y salió a la calle. Doña Chayito vivía justo en la casa de al lado, era una señora mayor, esposa de quien decían, fue un gran inventor, ahora retirado. Los niños del barrio inventaban historias sobre él, lo llamaban «El doctor loco».

Para ella no era más que un viejito un poco chiflado. Pero nada peligroso ni mucho menos. Eso sí, doña Chayito tampoco debía estar muy cuerda, ya que se empeñaba en mantener con ellos 17 gatos de todos colores y tamaños, a los que Ana tenía que atender, dar de comer, cambiar el agua y limpiar todo el caos que causaban.

No entendía para qué querían tantos gatos, la casa que era enorme y seguramente alguna vez fue hermosa, ahora tenía los sillones arañados y llenos de pelo de gato. Los felinos andaban por encima de la mesa del comedor, dormían en la cama y se ponían a jugar sobre los trastos en la cocina. Bueno, andaban por casi toda la casa, pues había una habitación a la que no tenían acceso: El cuarto donde trabajaba el Profesor Cuántico, esposo de doña Chayito.

4

—No sé por qué mi mamá me obliga a venir —se decía Ana, parada frente a la casa de su vecina—. ¡Tanto gato me da cosa! Bueno, es cierto que yo acepté —se repetía—. Además, las propinas que me dan por cuidarlos me ayudan a comprarme mis revistas.

Parecía que buscaba palabras que la convencieran de hacer la tarea a la que se había comprometido. Tomó una gran bocanada de aire y luego la soltó. Levantó una pequeña maceta que tenía dos flores de plástico, moradas y en forma de espiral, donde, desde que cuidaba los gatos, el Profesor Cuántico le dejaba una llave de la puerta principal. Porque a su edad, dice él, ya uno comienza a ponerse un poco sordo.

Entró en esa casa, como todos los días; la cruzó hasta la cocina. Allí saludó a doña Chayito, que parecía preparar algo de comer. Sacó de un anaquel bolsas desechables para la basura, 17 latas de alimento para los gatos y una enorme bolsa de croquetas. Una vez preparada, se dirigió a la habitación al fondo de la casa, una especie de estancia que tenía salida al patio. Para que salgan los gatos cuando quieran hacer sus «necesidades», decían sus dueños. Aunque Ana sabía que eso casi nunca sucedía.

Lo más difícil de la encomienda de Ana no era limpiar el desastre que dejaban los gatos, sino cepillarlos uno

por uno para evitar en lo posible, que dejaran pelo regado por toda la casa. Ana cambió el agua de los bebederos de las mascotas, relleno de croquetas los platos y limpió «el cuarto de los gatos», sólo faltaba cepillarlos.

Comenzó por atrapar a los más cercanos, había algunos a los que identificaba fácilmente: Faraday, Newton, Einstein. Ana siempre se quejaba de no poder aprenderse todos los nombres raros de grandes personajes de la ciencia. Pero, el más travieso de los 17, era sin duda Tesla. Pues bien, después de un rato de perseguir gatos por la casa, sólo hacía falta uno por cepillar.

—Nada más me faltas tú, Tesla —pensó, mientras se acercaba al gato.

Ana lo siguió muy de cerca fingiendo que hacía otra cosa y guardando el cepillo detrás de ella; finalmente el minino se quedó quieto frente a la puerta del cuarto de trabajo del Profesor Cuántico. Ana fue hacia Tesla muy sigilosamente, se puso de rodillas y así, a gatas, continuó acercándosele; luego, con un movimiento rápido, se abalanzó sobre él y lo atrapó.

5

Ana, sin darse cuenta, en su salto empujó la puerta del cuarto del Profesor. De pronto se encontró con la barriga en el suelo, mientras sostenía al gato con sus manos en alto; al mismo tiempo sintió una sombra y alcanzó a ver unos zapatos frente a su rostro, se giró de modo acrobático y se puso de pie en un instante.

—Perdón Profesor Cuántico —dijo con la cabeza agachada, pero aún tenía al minino en las manos—. Estaba siguiendo a Tesla para cepillarlo.

Ana se quedó boquiabierta, nunca había estado en aquella habitación, tenía las paredes cubiertas por extraños gabinetes llenos de lucecitas de colores y artefactos extraños que giraban. Pero, lo más extraordinario, era una especie de silla que le pareció salir de una película del espacio.

—Profesor Refugio, ¿qué cosa es este cuarto? ¿Y qué es esa silla tan rara? —preguntó Ana mientras recorría la habitación con la mirada.

—Cuco, jovencita. Cuco Cuántico para mis amigos—, respondió el científico—. Y bien, ya que lo preguntas, te diré que todos estos aparatos, lleno de luces y soniditos, conforman una computadora, una muy grande, como es evidente, que me ayuda a realizar cálculos para mi trabajo. Soy listo y rápido con los números, pero vaya que este artefacto me facilita mucho las cosas —concluyó.

—Vaya, mi computadora es del tamaño de un cuaderno

—dijo Ana—. ¿Y la silla? —insistió.

—Bueno, la silla es, ¿cómo explicarlo? —dudaba y se frotaba la barbilla y se afilaba la punta de sus blancos bigotes. —Es una máquina del tiempo.

—¿Una máquina del tiempo? —Ana estaba muy sorprendida.

—Bueno, esa es la idea —continuó el Profesor Cuántico—. Hasta ahora, no la he probado con algo vivo. Así que, en teoría, eso es.

Ana se olvidó por completo de Tesla y el resto de los gatos, comenzó a hacer preguntas al profesor, sobre cómo funcionaba aquel fascinante artefacto. El profesor, que a leguas se notaba que no hablaba con muchas personas, contó de manera atropellada, cómo nació la idea de la máquina del tiempo, habló de leyes de la física, del espacio-tiempo, la flecha del tiempo, todo un mundo de cosas desconocidas, pero extraordinarias.

—Para que funcione, las partículas que se transportan deben separarse, para luego volver a unirse —explicaba—. La leche y el café se mezclan, pero no puedes desmezclarlos —continuó—. Así que, alrededor de la silla se forma un campo de energía que acelera las partículas de quien se sienta, hasta separarlas y conducir las por un agujero de gusano, hasta otro periodo de tiempo y luego se puedan reconstituir.

—No puedo creerlo, parece de película.



El Profesor Cuántico mostró a Ana los botones que había que apretar primero y cuáles después, las palancas para hacer funcionar el artefacto que transportaría a quien estuviese en la silla, hacia la fecha indicada en una pequeña pantalla iluminada en verde. También le comentó que la fecha a la que se dirige el viajero del tiempo puede ser inexacta, que el campo de energía gira a grandes velocidades hasta comprimir las líneas del espacio-tiempo, llevando al sujeto asido en la silla, a un momento de la fecha que seleccionas, o muy cercano.

—Pero —le aclaró Cuántico—, debes llevar este control remoto, que te permite regresar del mismo modo a la fecha de partida y claro, sentarte en la silla-transportadora.

Ana y el profesor pasaron varias horas conversando; doña Chayito les llevó algo de comer y terminó por quedarse con ellos. Eran casi las 8:30 de la noche cuando llamaron a la puerta. Sonia venía a buscar a su hija, le pareció demasiado el tiempo que Ana tenía en casa de sus vecinos. Ana, por supuesto, no quería marcharse, pero prometió regresar y se despidió de doña Chayito y el profesor Cuco, con la cabeza inquieta y un tanto aturdida por el descubrimiento.

—Justo a un lado de mi casa —se repetía—. Quizá el profesor sí está loco, como dicen todos en el barrio, pero es tan interesante todo esto —pensaba.

Mientras de camino a casa, su madre le preguntaba por qué había tardado tanto. Ana simplemente estaba con la mente en otro lado y terminó por echarle la culpa a los gatos.

6

Ya en casa, Ana no conseguía dormir, el descubrimiento de aquel cachivache la tenía inquieta. Ya había dado vuelta a todas sus revistas y seguía despierta. Entonces se propuso comenzar su tarea, eso sí que le daría sueño. Así que se sentó en una pequeña mesa que usa para estudiar, tomó su libro y su libreta, y comenzó a repasar sus apuntes. A cada rato se sorprendía pensando en la máquina del tiempo y, que seguramente en el pasado, las personas vivían de manera más libre y relajada.

—Si tomara prestada la máquina del Profesor Cuántico, podría ir a un lugar donde no hubiera escuela, donde se pudiera salir a la calle sin dar tantas explicaciones a los adultos —pensaba, y luego regresaba a sus apuntes.

Terminó su repaso y justo antes de comenzar a escribir se puso de pie y dejó caer su libreta sobre la mesa.

—¡Lo haré! —dijo decidida—. Bueno, no voy a quedarme en el pasado, extrañaría a mi familia —se convencía—. Incluso extrañaría al enano fastidioso de Lalo.

Tomó la resolución de ver con sus propios ojos aquella libertad que seguramente hubo en el pasado, para así elaborar de manera más fácil su tarea. Se vistió de prisa y tomó una lámpara de mano que siempre guardaba bajo la cama. Salió de su cuarto y encontró todo en calma en su casa. Se dirigió, no sin un poco de miedo a la casa de sus vecinos, levantó la pintoresca maceta, sacó la llave y entró a la casa.

A esa hora de la noche, entrar a la casa de doña Chayito equivalía a entrar a la casa del terror de la feria. Ana comenzaba a arrepentirse de su idea. Comenzó a caminar de puntas para no hacer ningún ruido y no despertar a los dueños de la casa. Iluminaba su camino con la pequeña lámpara de mano, pero al pasar por la sala, sobre uno de los descansabrazos de un sillón, estaba Tesla, inmóvil como una estatua. Ana se acercó para cerciorarse que estaba bien, y apenas lo tocó, el gato saltó como una flecha sobre ella, por lo que Ana lanzó un alarido que apenas pudo contener. Perdió el equilibrio y cayó al suelo, los otros dieciséis gatos comenzaron a frotar su cabeza contra ella, que parecía estar recostada en una alfombra que maúlla.

—¿Creen que vengo a darles comida? —dijo Ana, abrumada— Pues no, salgan de aquí; anden, vamos



—susurraba, mientras los alejaba de ella con las manos.

Por fin, después de caminar en la oscuridad unos pasos, pudo llegar al cuarto del Profesor Cuántico. Giró el picaporte y para su suerte la puerta no estaba asegurada; la abrió lentamente y del cuarto salió un resplandor eléctrico.

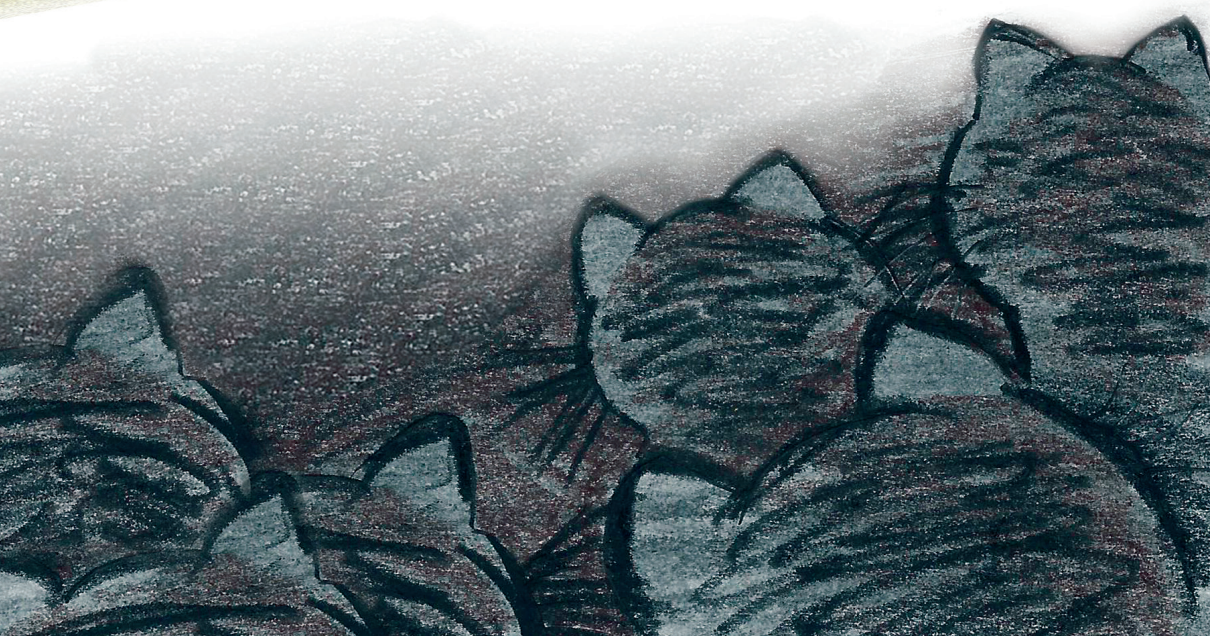
7

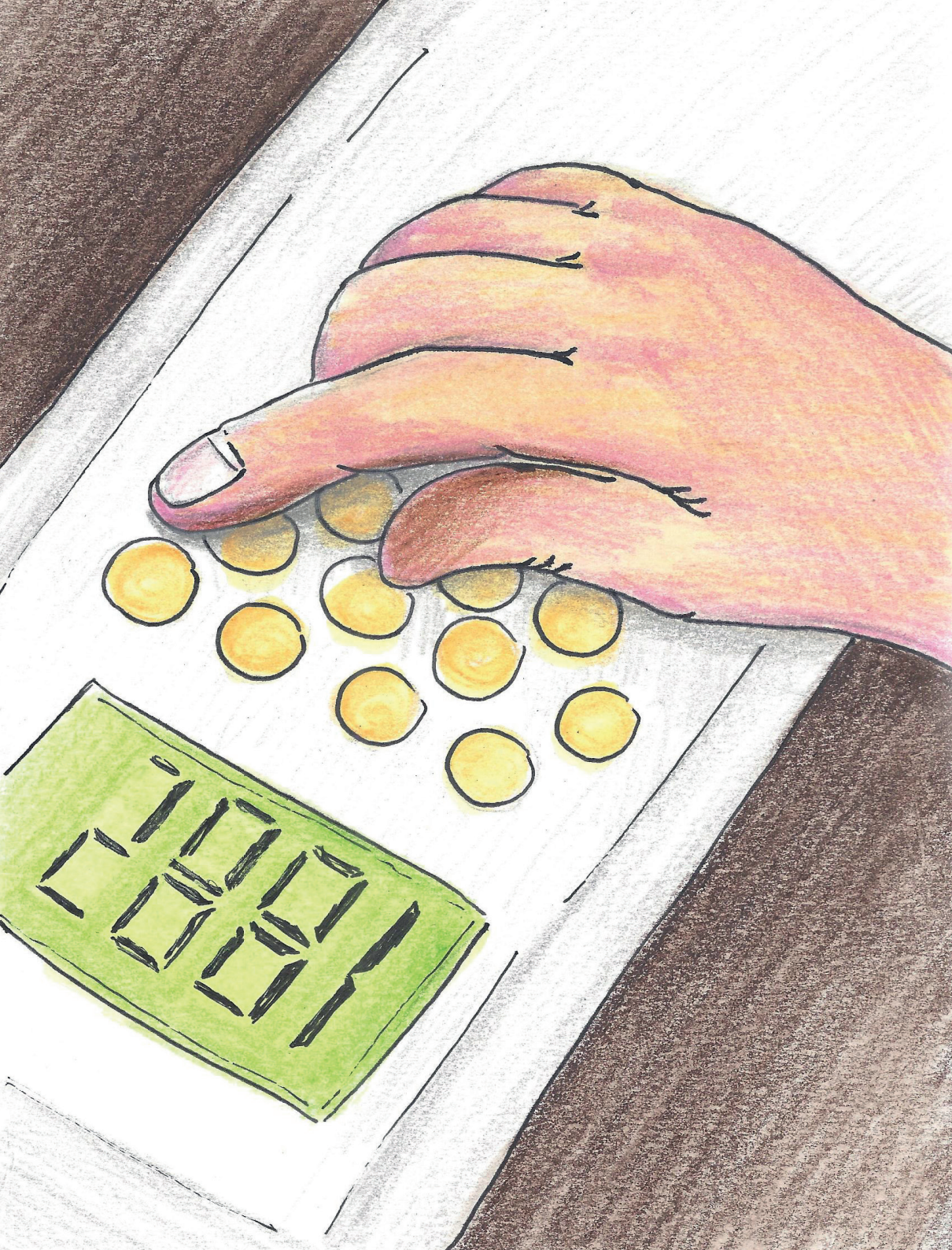
Ana se introdujo en la habitación; sigilosamente cerró la puerta y encendió la luz

8

—Ahora ¿de dónde encendía este aparato?—pensó Ana.

Dio unos pasos hasta llegar al gabinete principal de la enorme computadora, buscó por todos lados y encontró una palanca que decía «encendido».





—¡Obvio! —dijo para sí, entre risas.

Accionó la palanca y un zumbido se dejó escuchar, comenzaron a encenderse luces con cierto ritmo.

Ana se apresuró a sentarse en la silla-transportadora, se ajustó una clase de cinturón de seguridad, activó el reloj donde se escribe la fecha y tecleó al azar los números: 1-8-8-2, apretó el botón de inicio y alrededor de la silla apareció una esfera de luz azul; poco después alcanzó a escuchar un zumbido metálico; vio entonces que conforme iba aumentando el ruido se intensificaba el azul de la luz, al mismo tiempo que la habitación se volvía borrosa. El miedo se apoderó de ella, apretó los dientes y cerró los ojos. La esfera de luz comenzó a alargarse y sobre la silla, en el techo de la habitación se abrió un hueco oscuro donde comenzó a entrar una luz muy intensa; el zumbido se tornó insoportable. De pronto se escuchó una explosión y la habitación se cubrió con un resplandor eléctrico y la silla desapareció.

9

Se escuchó una segunda explosión, esta vez mucho menos ruidosa. Ana sentía un cosquilleo en todo el cuerpo, abrió los ojos y se descubrió en un jardín, la silla había ido a parar detrás de unos arbustos. Ana no tenía idea sobre en dónde se encontraba; tardó unos minutos en reaccionar, se quitó el cinturón de seguridad y bajó de la silla.

Comenzó a explorar por los alrededores, entre unos arbustos, pues quería estar segura de que seguía en la tierra y que no estaba en algún planeta extraño.

—Aquí es de día —notó—. No tengo idea en qué lugar estoy.

No había gente caminando por el parque, así que Ana no alcanzaba a percibir grandes diferencias, algo que le indicara si realmente se había trasladado en el tiempo. Pero detrás de los arbustos, apareció alguien.

—¡Psst, psst! Niña, ¿te encuentras bien? —preguntó una señora.

Ana se sorprendió y perdió el equilibrio; el susto la hizo caer, por lo que la señora se acercó hacia ella y la ayudó a ponerse de pie.

—Mira nada más niña, cómo te has puesto —dijo con un tono maternal—. ¡Te ensuciaste toda la... ropa! —extrañada por la vestimenta, mientras le sacudía las hojas y la tierra—. Pero, ¿qué llevas puesto?

—Pues, es que no pensaba salir a la calle, menos a esta hora —Ana no sabía cómo explicar su atuendo—. Es que no tenía nada limpio, me puse lo primero que

encontré —concluyó.

—Pues se nota. Me llamo Soledad y ella es mi hija Matilde —se presentó—. ¿Tú cómo te llamas?

—Hola, me llamo Ana y creo que estoy perdida —se llevó las manos a la cabeza—. ¿Dónde estamos? —preguntaba, mientras observaba en todas direcciones.

Matilde dejó sobre el pasto una pila libros que cargaba y se acercó a Ana.

—Me llamo Matilde Montoya, Ana. Si gustas podemos ir a tomar un helado y nos cuentas qué pasó; allí vemos en qué podemos ayudarte.

Ana tardó un momento en decidirse, aunque aceptó la invitación de Matilde y las acompañó a una heladería que estaba junto al parque. Soledad envolvió a Ana con un rebozo que traía puesto, para que las personas no la vieran con extrañeza por su vestimenta. Mientras cruzaban el parque hacia la heladería, Matilde y Soledad informaron a la niña que aquella ciudad en la que estaban ahora conversando, era la Ciudad de México.

Ya en la heladería, Matilde contó que estudiaba en la Escuela Nacional de Medicina, algo que a Ana le llamó mucho la atención y la felicitó por su logro. Matilde volteo a ver a su mamá; ambas soltaron a reír.

—¿Qué, qué pasa? —preguntó Ana extrañada.

—No, no pasa nada —respondió Matilde—. Es complicado de explicar, voy a resumirlo. Mira, tengo 24 años y soy la primera mujer en ser aceptada en la Escuela de Medicina en nuestro país. —comentó, dejando escapar una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué? ¿Cómo que la primera que puede estudiar medicina? —claramente, Ana estaba muy sorprendida—. ¿Entonces, ninguna otra mujer ha querido ser médico? —dudó.

—Claro que sí Ana —respondió Soledad—. Sólo que mi hija Matilde ha luchado desde los 16 años porque se le permita estudiar medicina. Hasta antes de que mi hija fuera matriculada en la Facultad, la escuela había sido exclusivamente para varones.

Recién comienza sus estudios en la Escuela Nacional de Medicina, muy cerca de aquí —contó orgullosamente Soledad.

—Me aceptaron hasta después de mi segundo intento en esta escuela —intervino Matilde—. Claro, con la ayuda del Presidente Díaz, a quien le dirigí una



carta pidiéndole que interviniera con el director de la Facultad —narró.

—Espera, espera —interrumpió Ana—. ¿Cómo es eso posible? ¿Dicen que Matilde no podía ser aceptada en la Facultad de Medicina, aunque fuera una buena estudiante, sólo por ser mujer? —curioseó.

Un grupo de hombres mayores, bebían café a unas mesas de ellas. Uno de ellos un poco calvo y mal encarado, cuchicheaba con los otros dos y señalaba a Matilde. Ana se dio cuenta que se burlaban de su nueva amiga, algunas mujeres de las otras mesas se sumaron a la burla y las ofensas. Ana quiso ponerse de pie para ponerlos en su lugar, pero Matilde le pidió que no lo hiciera.

—Mira Ana, tal parece que no eres de aquí. He luchado por conseguir mi sueño de convertirme en médico, incluso cuando muchos no están de acuerdo, pero creo que la única manera de convencerlos de que están equivocados es demostrar que puedo hacerlo respetando las reglas que están establecidas —le aclaró Matilde.

—Claro Ana, si nos ponemos a discutir con todo el mundo, terminarán por pensar que lo único que queremos lograr es un capricho y no un cambio verdadero —dijo Soledad a la muchacha.

—Pues, ¿en qué año estamos? —quiso averiguar Ana.

Matilde y su madre sonrieron, parecían muy acostumbradas a que las personas murmuraran sobre ellas pero no parecían molestarse en lo absoluto.

Durante un rato, narraron a Ana el camino de Matilde hasta la Escuela Nacional de Medicina. Un camino bastante duro y complicado, a pesar de su gusto por los estudios desde pequeña y de las ganas por continuar estos estudios de manera profesional. Matilde a los 12 años ya había terminado su educación escolar y con apenas 16 años, obtuvo su título de partera en la ciudad de Puebla; luego comenzó a trabajar como auxiliar en cirugías.

Pero no todos estaban de acuerdo. Soledad su madre, era quien siempre la apoyaba en sus ilusiones, a pesar de todos los obstáculos sociales. Incluso la continuó alentando y la motivó a no rendirse y a enviarle una carta al Presidente Porfirio Díaz, donde le pidiera ayuda para ser aceptada en la Facultad e inscribirse en el posgrado de medicina.

—Tal parece que tú vienes de un lugar mucho más moderno, seguro vienes de Europa, ¿cierto? —sonrió Soledad, que sin dejar que Ana respondiera, continuó:

—Incluso, creo que hasta yo aprenderé algo de medicina —y soltó una carcajada.

Soledad contó que la Escuela Nacional de Medicina accedió a que Matilde estudiara en la Facultad, pero debía respetar algunas reglas un poco exageradas. Una de ellas y la que le causaba más gracia a Soledad era, la de que Matilde por ser mujer, no podía estar sola en un aula llena de varones.

—Así que, Ana, yo también asisto a la Escuela de Medicina, pues a mi hija no la hubieran aceptado, si iba ella sola a clases, sin su madre como compañera, para cuidar su honra; no podrán poner pretexto para que mi hija continúe preparándose —sonrió.

—Las reglas deben cambiarse cuando son arbitrarias —intervino Matilde—. Pero para poder hacerlo, para cambiarlas, hay que comenzar respetándolas. Todas las reglas tienen un porqué, una justificación y, cumplirlas hace que haya una mejor convivencia —explicaba—. Lo que yo intento es ejercer mi libertad como ciudadana, tener derecho a estudiar lo que yo quiero, pero siendo respetuosa, de otro modo nunca accederían a darme la oportunidad. Debemos abrir brecha para quienes vienen después de nosotros, para las próximas generaciones —concluyó conmovida.

—O sea que, te gusta ir a la escuela y ser responsable—. Afirmó Ana—. Y de esa manera ejerces tu libertad. Qué curioso, mis papás me dan las facilidades para ir a la escuela, e incluso me permiten escoger mis clases de

verano, o el deporte que más me guste y, nunca pensé que eso también era libertad.

—Tienes suerte niña —agregó Soledad—. No todos pueden ir a la escuela, ser libre no significa ser haragán —las tres comenzaron a reír.

Ana se había olvidado por completo de que no estaba en su tiempo, ya habían pasado varias horas desde que llegó, así que les pidió a sus amigas, que la acompañaran a donde se habían encontrado.

Matilde y su madre guiaron a Ana a través del parque, que no dejaba de ver a su alrededor, y pensó que la libertad que ahora tiene, en su tiempo, es resultado de la valentía y el trabajo de muchas personas como Matilde y Soledad, que con su esfuerzo y ejemplo, dejan para las personas de los tiempos por venir, un mundo con más oportunidades.

Ana iba tan distraída, viendo hacia todos lados y escuchando a Matilde relatar sus aventuras en la escuela, que al cruzar por una de las jardineras del parque, se hizo una herida en la pierna con un clavo mal puesto en una pequeña cerca.

Se había hecho una herida considerable, sangraba

bastante. Matilde y su mamá, la cargaron hasta la Escuela de Medicina que quedaba a un par de calles. Matilde habló con uno de sus profesores quien la supervisó para que diera un par de puntos de sutura en la herida de Ana, que aunque le tenía mucho miedo a las agujas, confiaba en que Matilde sería muy generosa y delicada en su trabajo.

—Te quedará una pequeña cicatriz, niña, pero nada de qué preocuparse —comentó el profesor de Matilde.

—No te preocupes —añadió Matilde—. No siempre las cicatrices son malas, algunas veces son un recordatorio de un paso en tu camino por la vida— y le guiñó un ojo.

Terminaron de atender a Ana y de nuevo, la acompañaron hasta el parque. Por el trayecto, Matilde y Soledad le preguntaron a Ana de dónde venía y por qué volvía al parque y no a su casa. Ana se reía, y terminó por decirles que al momento de encontrarse, ella estaba trabajando en una tarea que consideraba aburrida hasta que las conoció.

Ana se despidió de sus nuevas amigas, y prometió a Matilde seguir su ejemplo. A Soledad le dijo que seguramente su madre y ella se caerían de maravilla. Se dieron un abrazo largo y efusivo. Matilde y su mamá caminaron con rumbo de la Escuela de Medicina y Ana se metió detrás de los arbustos, se sentó en la silla-transportadora y se ajustó el cinturón de seguridad.



—Espero poder hacer que este cachivache funcione —pensó, mientras pinchaba botones en el reloj de la máquina del tiempo.

Continuó buscando cómo regresar hasta que en la pantalla del reloj apareció el mensaje: «Volver al punto de partida».

—¡Eso es! —festejó—. Ahora sí, es tiempo... qué gracioso —sonrió—. Es tiempo de irme.

Apretó el botón de retorno y la silla comenzó a dar el mismo espectáculo de luces y sonido que la trajeron a esta aventura, se abrió sobre la silla el hueco, vinieron las cosquillas y se escuchó una explosión. Cuando Ana abrió de nuevo los ojos, estaba de regreso en la habitación de trabajo del profesor Cuco Cuántico.

Aquello había sido una gran hazaña, se quedó un momento sentada, sin moverse; ahora tenía una idea diferente sobre la libertad. Se quedó pensando que al profesor Cuco le emocionaría saber que su máquina funcionaba a la perfección.

Un ruido se escuchó en la habitación. ¡Era Tesla! El gato dio un salto después de maullar y se acomodó en las piernas de Ana, que comenzó a acariciarle el lomo y a rascarle la cabeza.

—Lo sé, lo sé —decía Ana—; te debo una buena cepillada.

13

Ana comenzó a bostezar. Aquel acontecimiento la había dejado exhausta. Sin darse cuenta fue acomodándose cada vez más en la silla hasta que se quedó profundamente dormida.

14

La luz de la ventana, apuntó como una lámpara a la cara de Ana, obligándola a apretar los ojos. De pronto había muchos ruidos por todos lados. Ana quiso moverse y sintió que tenía el cuerpo entumido y la espalda acalambrada. Poco a poco abrió un ojo, lo cerraba e intentaba abrirlo de nuevo; al rato logró abrir uno, después el otro. Todo era confuso y borroso. Sentía su mejilla mojada, pero aún no despertaba lo suficiente para saber de qué se trataba. Por fin pudo levantarse un poco y se dio cuenta de que estaba en su cuarto, dormida sobre la mesa.

—¿Qué pasó? —se preguntó confundida.

—¡Hija! Es hora de almorzar —llamó su mamá detrás de la puerta.

Ana todavía no entendía bien qué le había pasado. Así que, respondió que iría a tomar su desayuno en un momento. Se puso de pie y se secó la mejilla con la palma de la mano; notó que se había quedado dormida

sobre sus apuntes de la escuela.

—¿Todo fue un sueño? —se preguntó aturdida.

Se frotó los ojos con los dedos y vio que sobre la mesa estaban sus libros, uno de ellos abierto con una fotografía de Matilde, Matilde Montoya. Parecía que todo había sido un sueño, una aventura dentro de su imaginación. Ana comenzó a reír tímidamente. Y pensó que de cualquier manera, tenía mucho material para hacer su tarea. También vería de mejor manera su vida y sus obligaciones.

—Este sueño me dio muchísima hambre —pensó.

Cuando comenzó a caminar hacia la puerta, sintió una molestia en su pierna derecha, se detuvo para ver qué era. Observó una pequeña cicatriz rosada, como de una herida reciente. Ana sonrió, miró el libro sobre su mesa y pensó:

—Tienes razón Matilde, las cicatrices no siempre son malas, ésta me hará recordar la maravillosa proeza que viví con ustedes.

FIN



Matilde Petra Montoya Lafragua

14 de mayo de 1859 - 26 de enero de 1938



A los cuatro años, Matilde ya sabía leer y escribir, convirtiéndose en una ávida lectora. Años más tarde Matilde no pudo ser inscrita en la Escuela equivalente a la Secundaria actual, debido a su edad, ya que sólo tenía 11 años, así que con la ayuda de maestros particulares, Matilde terminó sus estudios para maestra de primaria, aprobó sin dificultad a los 13 años.

Ese año Matilde se inscribió en la carrera de Obstetricia y Partera, obligada a abandonar esa carrera debido a dificultades económicas, la joven se inscribió en la Escuela de Parteras y Obstetras de la Casa de Maternidad. A los 16 años, Montoya recibió el título de Partera.

Con el poco dinero que contaba, se esforzó por tomar clases en escuelas particulares para mujeres y completar sus estudios de Bachillerato.

Al cumplir los 18 años, trabajó en la ciudad de Puebla. La joven partera se hizo rápidamente de una numerosa clientela de mujeres que se beneficiaban con su amable trato y sus conocimientos de medicina.

Agobiada por las críticas, Matilde Montoya decidió regresar con su madre a la Ciudad de México, donde por segunda vez solicitó su inscripción en la Escuela Nacional de Medicina, siendo aceptada por el entonces Director, el Dr. Francisco Ortega en 1882, a los 24 años.

En la Escuela Nacional de Medicina no faltaron las críticas, burlas y protestas debido a su presencia como única alumna, aunque también recibió el apoyo de varios compañeros solidarios, a quienes se les apodó “los montoyos”.

Desesperada, Matilde Montoya escribió una carta al Presidente de la República, General Porfirio Díaz, quien dio instrucciones de que «sugiriera» al Director de San Ildefonso dar facilidades para que la Srta. Montoya cursara las materias, a lo que el director accedió.

Tras completar sus estudios con buenas notas y preparar su tesis, Matilde Montoya solicitó su examen profesional. Nuevamente se topó con el obstáculo de que en los estatutos de la Escuela Nacional de Medicina se hablaba de «alumnos» y no de «alumnas», por lo que le fue negado el examen.

Una vez más, dirigió un escrito al Presidente Porfirio Díaz, quien decidió enviar una solicitud a la cámara de diputados para que se actualizara el reglamento de la Escuela Nacional de Medicina y pudieran graduarse mujeres médicas.

Como la cámara de diputados no estaba en sesiones, y para no retrasar el examen profesional de

Matilde, el Presidente Díaz emitió un decreto para que se realizara de inmediato el 24 de agosto 1887.

Se le negó a Matilde el derecho a presentar su examen profesional en el salón principal, disponiendo para su examen un salón menor. Faltando pocos minutos para el examen, llegó un mensajero avisando que el Presidente Porfirio Díaz salía a pie de Palacio Nacional, acompañado de su esposa y algunas amistades, para estar presente en el examen profesional de la Srta. Montoya.

Rápidamente abrieron el salón de actos solemnes, donde se realizó el examen durante dos horas, cumpliendo con todos los puntos reglamentarios. Matilde Montoya contestó correctamente todas las preguntas que se le hicieron y fue aprobada por unanimidad.

Al día siguiente, la mayoría de los periódicos festejaron la victoria final después de tantas batallas de la Señorita Matilde Montoya, Primera Médica Mexicana.



*¿Cómo comenzar
a escribir
un cuento?*



Las personas, han contado historias desde el principio de los tiempos, antes de la aparición de la escritura, las personas narraban historias que se compartían de manera oral, es decir, alguien contaba una historia y quienes la escuchaban, la narraban a alguien más, así la historia podía llegar a ser conocida por muchas personas, y en muchos lugares.

Ahora, existen muchas maneras de hacer llegar las historias a las personas, pero los principios básicos para escribir una historia, son los mismos que se usaban desde las narraciones orales.

Si no has escrito una historia antes, no te preocupes, aquí te dejo algunas sugerencias, que puedes usar para comenzar a contar. No se requiere experiencia, simplemente debes poner atención a ciertos detalles, por ejemplo:

¿Qué quieres contar? Y ¿Qué te hace sentir esa historia?

El objetivo de estas sugerencias es que, a la hora de empezar a escribir, utilices de manera consciente los elementos que usas para narrar en tu vida diaria, que están ahí, aunque no te des cuenta de ellos.

Quizá lo más difícil para comenzar a escribir tu cuento sea: La primera frase. No te preocupes, intenta escribir una frase suelta como: Una mañana, sonó el teléfono, etc., luego mientras la historia avanza, puedes regresar a modificarla si no te convence.

La idea es romper el miedo a escribir. Siempre puedes regresar al inicio y cambiarlo.

También, debes tener en cuenta que todas las historias se dividen en tres partes básicas:

Planteamiento: Es la descripción general de la historia. ¿Dónde sucede, quienes son los personajes? etc.

Desarrollo: Son todos los sucesos y acciones que modifican la historia inicial. Que pueden ser causados por los mismos personajes o por elementos ajenos.

Conclusión: En esta parte se resuelven las situaciones que iniciaron con la historia y, que en el desarrollo cambia. Es el final de la historia.

SI QUIERES ESCRIBIR UNA HISTORIA, SIGUE LOS SIGUIENTES CONSEJOS...

1. La memoria es una herramienta fabulosa, y vamos a ponerla a trabajar. Trata de recordar un hecho interesante, puede ser de cuando eras más pequeño o muy reciente y escríbelo. Debes procurar escribir de una manera simple y muy breve. También debes escribirlo en primera persona, es decir: «Yo sentí, yo dije», etc. Al terminar, seguramente te darás cuenta que, algunas cosas que escribiste, no sucedieron exactamente como pasaron, eso comienza a ser literatura.

2. Ahora, puedes pedir a tus papás, o un amigo, que te narre algún suceso interesante que les haya ocurrido a ellos y que tú no hayas presenciado. Después, escríbelo en tercera persona, es decir: «Él/Ella fue, Él/Ella comió», etc. Con esto te darás cuenta de que existe otra forma de contar una historia, desde otro punto de vista.

3. Esta vez, busca una noticia interesante en el periódico, o en una revista que tengas a la mano. Luego, intenta escribir tu versión del suceso desde el punto de vista de alguna de las personas que están involucradas. Aquí será necesario que imagines más de lo que la noticia te cuenta, por ejemplo los pensamientos. En un paso comenzarás a crear personajes.

4. Esta vez, trata de escribir una versión del ejercicio número 2, pero ahora, cambia de tercera a primera persona. ¡Ojo!, debes contar lo más exacto posible los mismos sucesos. Al final tendrás una historia, donde

alguien que ya no es quien te narró los hechos parece contar la historia como si la hubiese vivido. Tienes de nuevo, otro punto de vista de la misma historia.

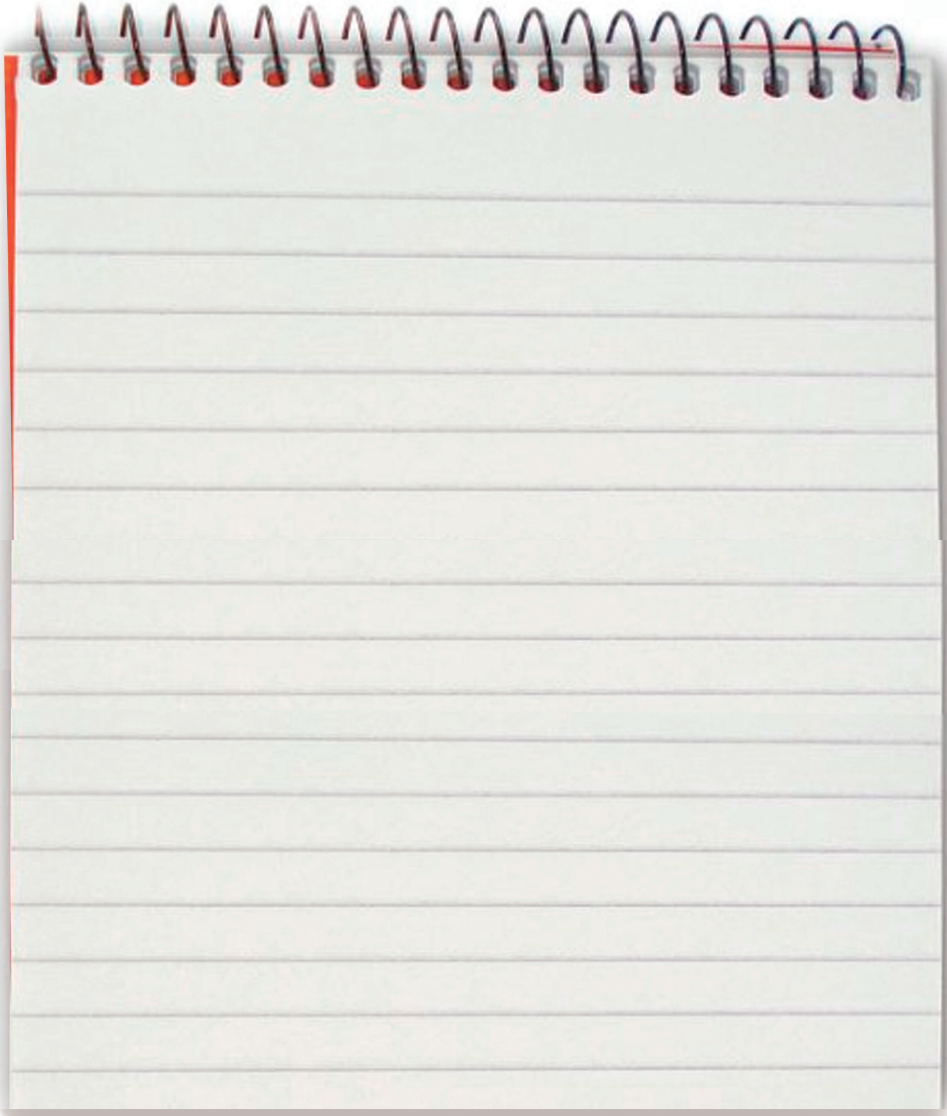
5. Puedes ver tu película favorita y escribir un breve resumen. Debes poner atención en todos los hechos relevantes de la historia, desde el principio hasta el final. No tienes que escribir toda la historia de la película, debes dar una idea general de ella. Un ejemplo de éstos resúmenes los puedes encontrar en la parte de atrás de las cajas de las películas, también algunos libros tienen uno, y también se les llama sinopsis.

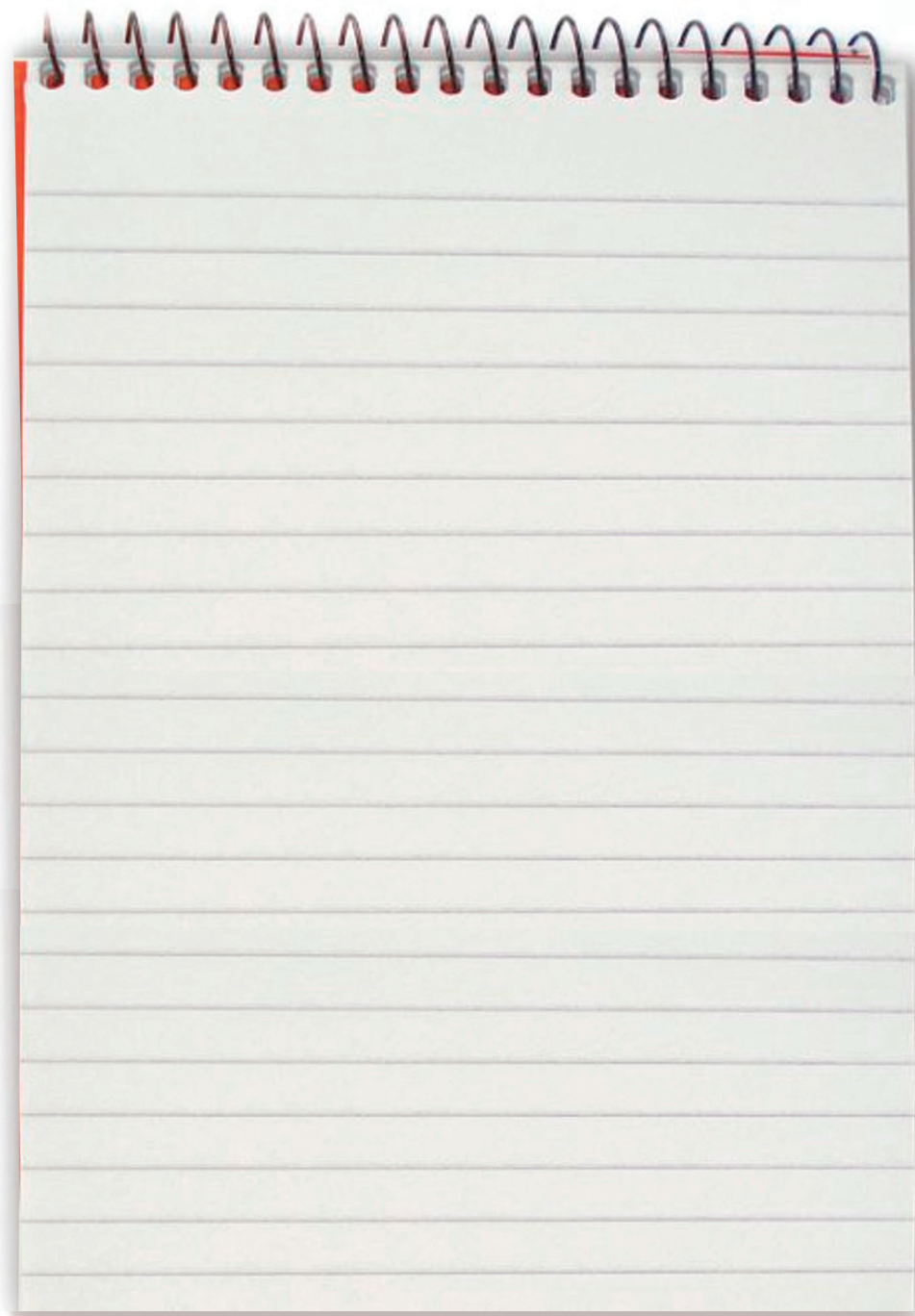
6. ¡Es hora de soñar! Este ejercicio se trata de escribir un sueño que hayas tenido. Lo ideal sería que el sueño tuviese alguna característica en particular, es decir, que haya sido muy emocionante, raro, romántico, tenebroso, etc. No trates de explicar las cosas que sucedieron en el sueño, algunas veces es imposible. Contar cosas que nunca sucedieron se llama ficción, y en este caso pueden narrarse historias fantásticas, de magia, animales que hablan, etc.

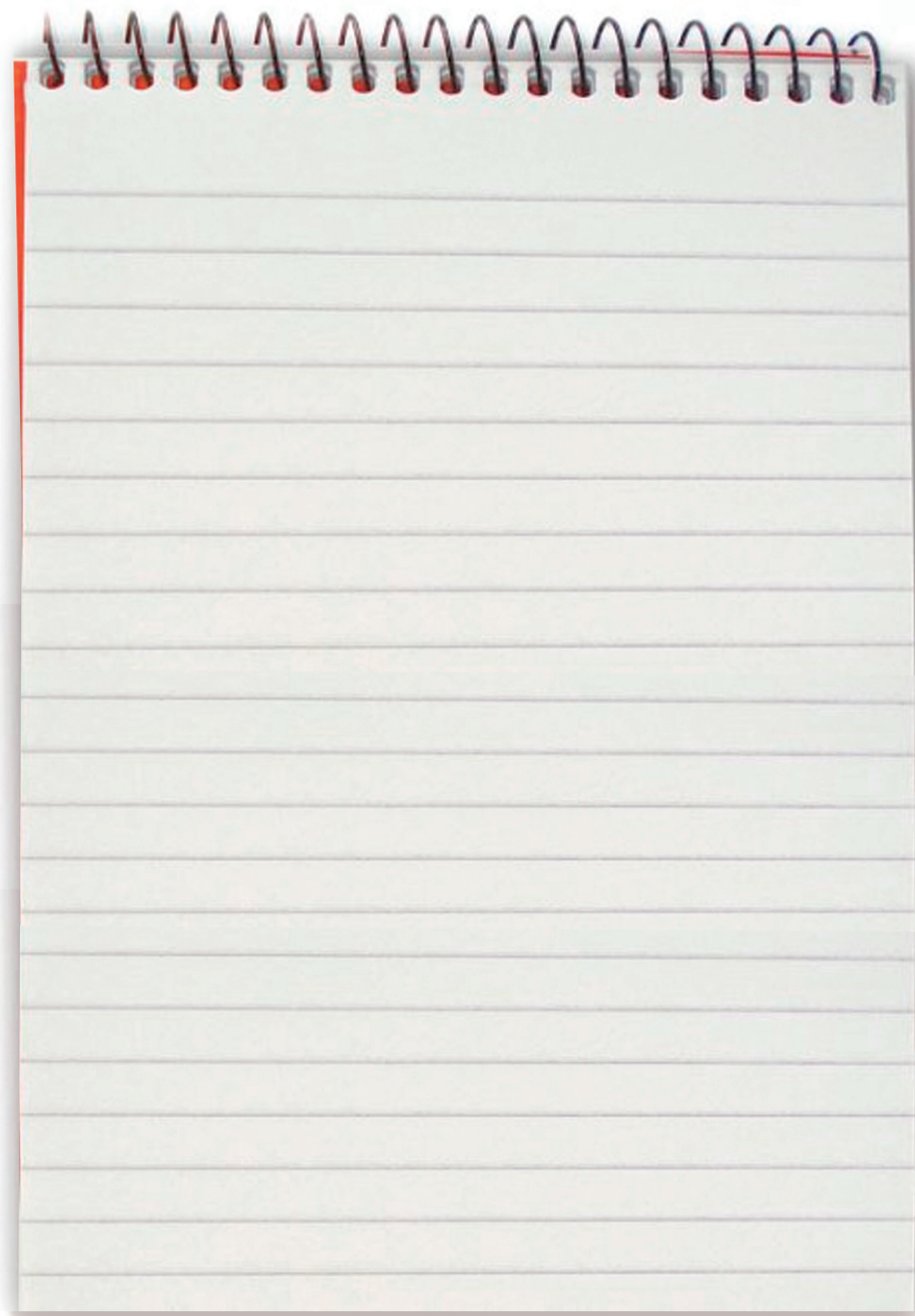
7. Vamos a imaginar. Piensa en cualquier cosa interesante que pudiera haberle pasado a un personaje que no existe, aquí puedes poner al personaje en lugares que no conoces, o que no existen. En este punto ya estás inventando toda la historia, los personajes, las situaciones y la forma en que se resuelven. Así son la mayoría de las historias que conoces en los libros, o en el cine. Ahora, estás escribiendo literatura. Ahora.

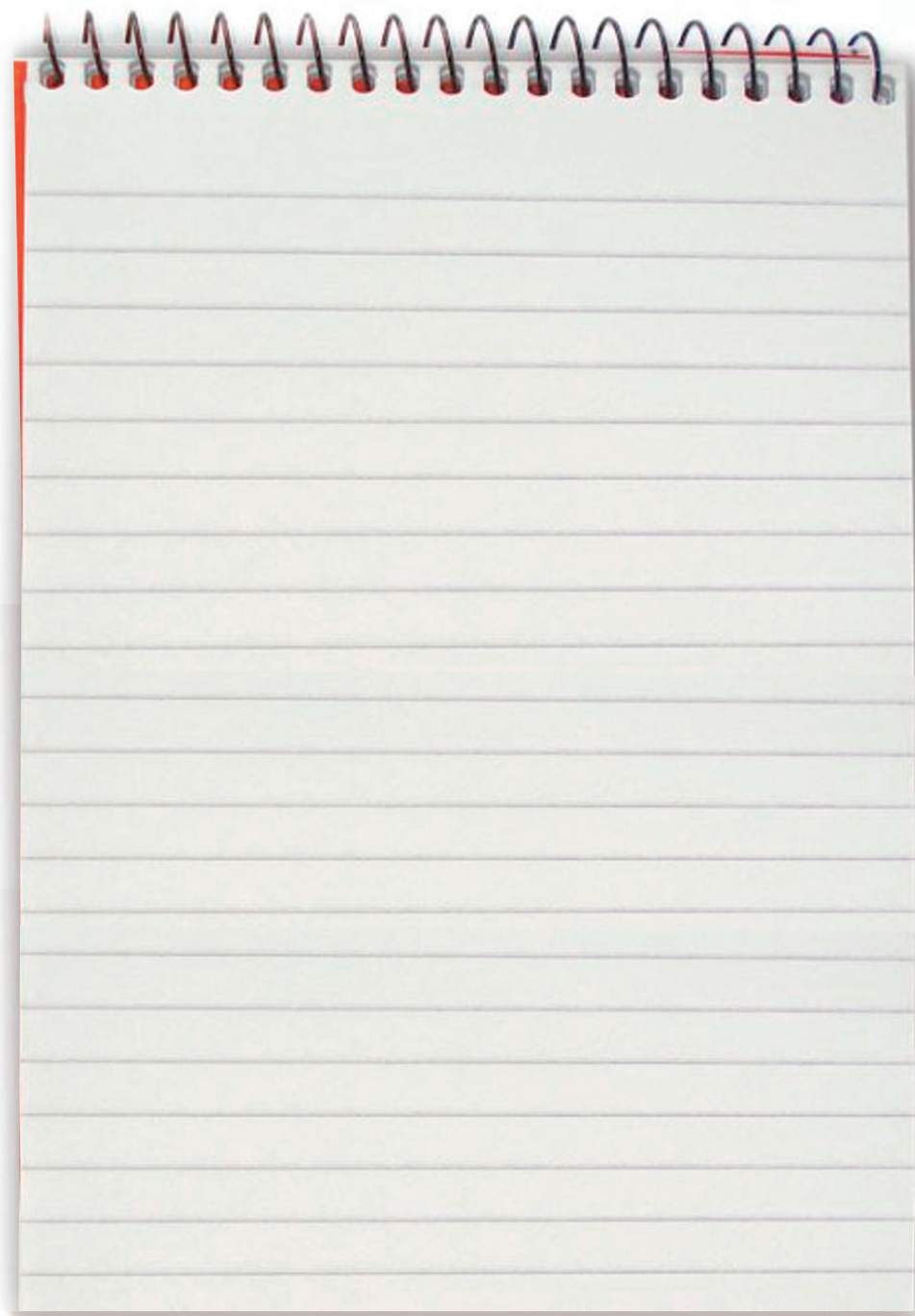
Ahora qué ya sabes cómo empezar, ¿quieres escribir un cuento?

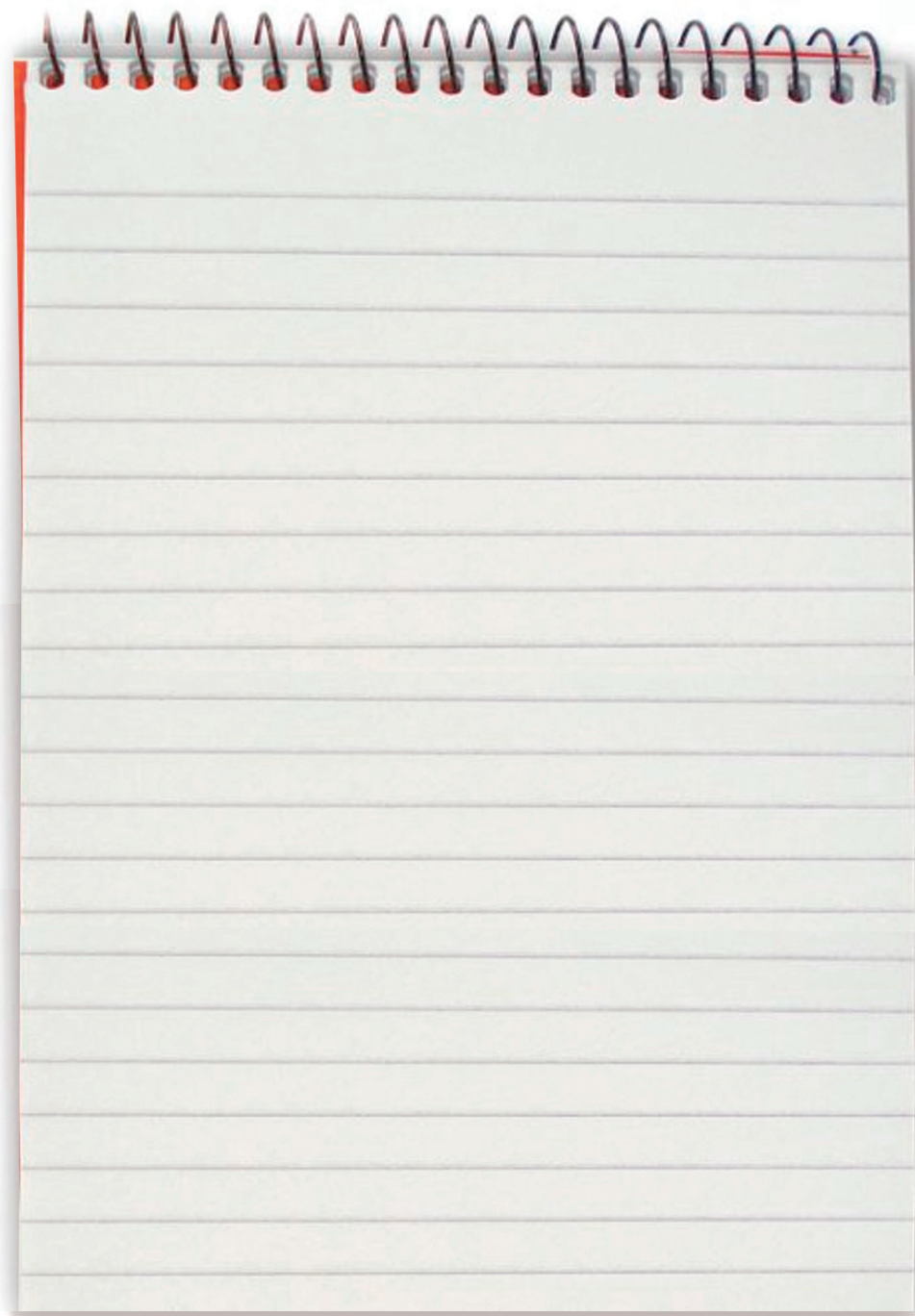
Recuerda que leer alimenta tu imaginación y, te ayuda a conocer más palabras.











Ana y la máquina del tiempo

Una tarea sobre la libertad deja muy abrumada a Ana. Más tarde, al cuidar a los gatos de su vecino, descubre que éste guarda en su casa una máquina del tiempo. Ana piensa que puede usar el fascinante artefacto, para hacer la mejor tarea de su clase. Su viaje al pasado le revela que la libertad estaba más cerca de lo que nunca pensó.



ELIGE LIBRE *¡vive la democracia!*

